

Segun estos datos se concluyó la obra gigantesca, á lo menos en su parte mas esencial, poco despues del año 124, y posteriormente en tiempo del emperador Septimio Severo se perfeccionó, ensancho y fortificó en mas vasta escala.

Segun se desprende de los restos que se han descubierto de este formidable sistema de fortificaciones, llamado vulgarmente *muralla de Adriano*, componíase, en una extension de 80 millas romanas, ó sean 119 kilómetros aproximadamente, de una triple línea de terraplenes admirablemente bien contruidos, sobre todo en los puntos difíciles, como los pantanosos, donde eran reforzados con muros de sosten. Una masa de mampostería y hormigon dura como la roca y distante del terraplen mas septentrional unos 180 á 200 piés, recorría la misma distancia, pasando como los terraplenes por valles y collados. La superficie exterior era de piedra. El ancho total era de 6 á 8 piés y la altura 20, estando probablemente almenada. En todos los puntos importantes estaba reforzada esta muralla con pequeños castillos cuadrados de 60 piés de lado y en número de 80, además de 320 torres cuadradas de 10 piés de lado repartidas en toda la longitud segun las condiciones topográficas y otras en intervalos irregulares. Paralelamente al muro del lado Norte, allí donde el terreno lo permite, habia un foso de 30 piés de ancho y ocho ó nueve de profundidad. Entre la muralla y la línea de terraplenes habia 14 y al Sur de esta última tres ciudadelas mayores, distantes una de otra por término medio 8 kilómetros, suficientes para albergar una ó mas cohortes, y unidas entre sí por una calzada. Las grandes calzadas militares que conducian del Sur al Norte atravesaban esta formidable línea de fortificaciones cerca de sus dos extremos y estaban además protegidas cada una del lado del Norte por dos ciudadelas avanzadas, y entre ellas, en medio de toda la línea, otra ciudadela avanzada tambien. Allí donde atravesaban la línea corrientes como el rio Tyne, se unian las dos orillas por medio de sólidos puentes con sus correspondientes fortificaciones en cada extremo.

Uno de los nombres latinos de localidad, el de Newcastle, que se llamaba á causa del puente *Pons Aelius*, prueba evidentemente que se hizo la obra por orden de Adriano, cuyo nombre patronímico era Elio.

Las 17 ciudadelas (llamadas estaciones ó prefecturas) revelan en sus restos la forma cuadrilátera con los ángulos redondeados, como todos los campamentos fortificados y castillos contruidos por los romanos; la superficie varía en las ciudadelas de que tratamos aquí entre 1'25 y 2'25 hectáreas; los muros de recinto tienen cinco piés de grueso, con foso delante y terraplen detrás. Estos campamentos fortificados permanentes ó ciudadelas dieron nacimiento en aquella frontera como en todas partes á arrabales que con el tiempo se engrandecieron, de suerte que se han encontrado allí baños, pequeños santuarios y uno hasta con anfiteatro. El mejor conservado es el que se llamaba Borcovicio, y sus ruinas constituyen para los anticuarios ingleses y escoceses una especie de Pompeya.

Dadas estas pruebas de su actividad en la Gran Bretaña, Adriano se dirigió á España y en Tarragona pasó el invierno de 122 á 123; de allí se trasladó á Africa, y permaneció en la Mauritania durante algun tiempo, probablemente para desvanecer los últimos restos de descontento que se habian manifestado al principio de su reinado y despues con motivo de la muerte de Lucio Quieto. Entonces trasladó el cuartel general de la legion III Augusta á Lambesa.

La misma política, y aun con mejor éxito, siguió en el Oriente, donde no se sabe si en el mismo año 123 ó despues, 130, celebrando una entrevista personal con el rey Cosroes, al cual restituyó su hija, evitó una nueva guerra con

los partos, de suerte que ambos imperios vivieron durante largos años en paz y armonía.

Las provincias griegas fueron seguramente las que mas beneficios reportaron de la visita del emperador en su primer gran viaje. En los años 123 y 124 recorrió á pié toda el Asia Menor hasta el Eufrates, y entonces debió de conocer en Bitinia á aquel Antinoo, jóven sencillo, gallardo y hermoso de Claudiópolis, que fué en adelante su paje favorito y que no se apartó mas de su lado hasta su muerte. La estatua y los bustos de este jóven que han llegado á nosotros, nos dan una idea de lo que en aquella época constituía la perfecta belleza varonil griega, cuando en opinion de los coetáneos empezaban á escasear los hombres bellos en Grecia mientras el número de mujeres hermosas aumentaba mucho mas que antes.

En Grecia encontró Adriano ocasiones abundantes de satisfacer su afición á obras arquitectónicas, ya en las ciudades de Nicomedia y Nicea, ya en Cicico, donde no solo emprendió importantes restauraciones sino que levantó monumentos nuevos, mereciendo ser contado entre los mayores bienhechores de los antiguos helenos que la historia conoce desde la agregacion del mundo griego al romano.

Lo que se sabe de la educacion, instruccion y aficiones artísticas y literarias de Adriano explica sus simpatías por aquel país y su civilizacion y el favor especial que dispensó á Atenas, á donde llegó á fines de agosto del año 125, pasando desde Asia por la Tracia, la Macedonia, el Epiro y la Tesalia. Estableciendo en Atenas su cuartel general, recorrió las comarcas terrestres mas inmediatas, las islas y las costas del Asia Menor; visitó todos los sitios históricos notables á una y otra orilla del mar Egeo, y hermoseó muchos de ellos con nuevos monumentos. En su afán de saber, no se cansaba de conversar con los filósofos que en Atenas enseñaban, y hasta se dejó crecer la barba al estilo de aquellos varones doctos. Sin embargo, estos deleites intelectuales y estéticos no le hicieron perder de vista los trabajos materiales que reclamaba el país, la provincia de Acaya, es decir, la Grecia europea sin la Macedonia, que mas que ninguna otra habia padecido por efecto de las horribles guerras civiles de la república hasta la batalla de Accio, sin haber podido rehacerse desde entonces.

Adriano la socorrió con trigo y dinero, dió disposiciones utilísimas, prácticas y eficaces, restauró edificios y construyó otros nuevos no solamente de adorno sino de utilidad pública, con lo cual excitó á las personas opulentas á que le imitasen. Pocas ciudades hubo, por escasa que fuese su importancia, que no recibiesen del emperador algun beneficio permanente. Magnífica obra de utilidad general fué la gran calzada, la primera y única que unía la Grecia meridional al continente pasando por el istmo de Corinto. Otra no menos importante y notable fué el acueducto para llevar las aguas de un gran manantial que nacia en un elevado valle á diez leguas de Corinto á esta última ciudad. La línea de conduccion estaba tan bien trazada que con un solo corte en la roca se efectuó la conduccion sin necesidad de arcos y atravesando siempre por terreno firme. Tambien favoreció la enseñanza de la filosofía y la retórica, y los establecimientos dedicados á estas ciencias en Atenas, que completó con obras monumentales en su segundo viaje. En esta primera visita fundó probablemente la celeberrima é importantísima ciudad de Adrianópolis, en el corazon de la Tracia, en un punto estratégico y mercantil de primer orden, en la confluencia de los rios Arda, Tuncha y Maritza. Hasta la época de Adriano solo habia existido allí una poblacion insignificante, cabeza de partido de una tribu tracia, llamada Uscudama.

A mediados del año 126 partió el emperador de Atenas para visitar el Peloponeso y la Sicilia, y cumplido este objeto regresó á Roma, á donde llegó á fines del citado año. Allí permaneció, salvo una corta excursion al Africa en 128, hasta el mes de abril del año 129, en que emprendió otro gran viaje á las provincias orientales del imperio, viaje del cual no regresó á la capital hasta el año 134. En Atenas, donde volvió á permanecer bastante tiempo, concluyó esta vez el Olimpieyon ó gran templo dedicado á Júpiter, que un rey de Atica, de la dinastía de los Pisistrátidas, habia empezado y que jamás desde entonces habia sido ni continuado ni menos concluido, si bien habian hecho alguna tentativa en este sentido algunos reyes posteriores, ya asiáticos ya griegos. Esta obra inmensa que Adriano consagró á Júpiter y á Roma fué la mas importante de cuantas construyó en Atenas. El templo, un díptero decástilo, ocupaba una superficie de 59,000 piés cuadrados, y en su santuario estaba la imagen colosal de la deidad, hecha de oro y marfil. El aspecto del templo era imponente: medía 354 piés de largo por 171 de ancho; el lado anterior y posterior tenían una triple hilera de columnas, y los dos lados laterales dos hileras. En el interior habia tambien un altar dedicado al mismo Adriano, en cuyo honor se celebraban sacrificios lo mismo que los que se ofrecian á Júpiter. En otoño del año 129 fué consagrado este templo, en cuyo acto pronunció el discurso correspondiente Polemon de Esmirna, el orador mas célebre de su tiempo, y uno de los sacerdotes, quizás el primero, fué el no menos célebre profesor de retórica en Atenas, el opulento Herodes de Maraton.

Para hacer dignas de tan maravilloso monumento las inmediaciones del templo, que en tan largo período de decadencia reflejaban entonces la pobreza de la poblacion, hizo derribar Adriano por aquel lado la muralla antigua de la ciudad para llamar á aquella parte la atencion de los ricos á fin de que edificasen allí quintas lujosas. Con este objeto construyó el mismo emperador termas y magníficos pórticos, por manera que no tardó en levantarse allí una ciudad nueva llamada de Adriano ó tambien Atenas la Nueva. En el límite entre esta y la ciudad vieja, no muy léjos del ángulo Noroeste de la plaza que rodeaba el templo, levantó Adriano un magnífico arco que con el ático, que le corona en parte todavía hoy, media una altura total de 55 metros. Tenia este arco á cada lado una inscripcion en el arquitrabe; la que miraba á la ciudad vieja decia: «Esta es la antigua Atenas de Teseo,» y la que miraba á la nueva: «Esta es la ciudad de Adriano, no la de Teseo.» Para proveer á este barrio nuevo de agua potable, que era escasa en general en Atenas, construyó tambien un grande acueducto sostenido por arcos de mármol que conducía á la nueva ciudad los ricos manantiales de la comarca de Cefisia en la falda del monte Brileso. Esta obra fué concluida por el sucesor de Adriano en el año 140.

La creacion mas importante de Adriano en Atenas fué el Panhelenio ó templo nacional de todos los griegos, dedicado á Júpiter, y la institucion de las fiestas panhelenias, que debian celebrarse cada cinco años y á las que concurrían los griegos de Europa y Asia. La primera se celebró probablemente en el otoño del año 129. Estas fiestas, en las cuales todas las comarcas, ciudades y colonias griegas se hacian representar por embajadas ó comisiones, y á las cuales contribuian con fondos para las ceremonias del culto, consistían además de los actos religiosos en certámenes de toda clase. El sacerdote de Júpiter y del divino Adriano era á la vez magistrado y presidente de los certámenes, cargos que tambien revistió en la primera fiesta el ya citado Herodes de Maraton. El objeto fundamental de esta institucion era dar

á todos los griegos un centro nacional en lugar de la anfictionia délfica, que habia decaído hasta no ser ya ni sombra de lo que fué algun dia. En efecto, estas nuevas fiestas y culto panhelénicos se arraigaron y se celebraban todavía en el siglo tercero de nuestra era. Atenas recobró parte de su antiguo lustre, y la afluencia de nacionales y extranjeros aumentó la prosperidad material de sus habitantes. Además el emperador cedió á la ciudad, para subvenir á los gastos que su dignidad en adelante hacia indispensables, las rentas de la isla de Cefalonia.

Los griegos todos y en especial los atenienses se desvivieron por mostrar al emperador la gratitud debida á tantos y tan grandes beneficios, perpetuando su memoria por cuantos medios les sugirió su imaginacion; y cuando Adriano en el año 130, en que perdió á su favorito Antinoo en circunstancias bastante trágicas, quiso honrar y perpetuar la memoria de este sér querido, hasta el extremo de divinizarle y dedicarle un culto religioso, se prestaron presurosos los griegos todos, y no menos los demás pueblos del Oriente pertenecientes al imperio, y hasta los mismos romanos, á complacer al bondadoso y sabio emperador.

Habia salido Adriano de Atenas en el mes de marzo ó abril del año 130, y costeano el Asia Menor y la Siria llegó á la segunda ciudad de las provincias orientales que despues de Atenas le interesaba ver y estudiar mas, á saber, Alejandria, desde donde se proponia recorrer el Egipto, el país de los misterios y de las maravillas, de las pirámides y de los templos y palacios gigantescos y antiquísimos, de los misteriosos y extraños cultos y ciencias. Si todo esto excitaba la curiosidad del hombre estudioso y científico, no interesaba menos al hombre de Estado, al sabio economista, al emperador previsor y benévolo el Egipto como granero del imperio y factor importantísimo del fisco ó tesoro imperial. En Alejandria encontró todo cuanto podia desear como observador científico y práctico: la agitada vida mercantil, la multitud heterogénea, en la cual se codeaban personas de todas las provincias, pueblos y tribus del vasto imperio romano, el material científico inagotable y las célebres cátedras en que se enseñaban en griego clásico las ciencias literarias y las exactas. Muchas y grandes muestras de munificencia, privilegios preciosos, construcciones suntuosas y otros beneficios recibió la ciudad del emperador, lo cual no le libró sin embargo de las sátiras maliciosas de los literatos alejandrinos, que nada ni á nadie respetaban.

Estando pues tan entretenido Adriano, ocurrió, al parecer en 30 de octubre de aquel mismo año 130, la muerte de Antinoo, muerte voluntaria, segun se dijo, para salvar la vida del emperador, que segun un oráculo solo se podia conservar á costa de otra vida que voluntariamente se sacrificase por él, como hizo Antinoo arrojándose al Nilo cerca de Besa. Grandísimo fué el sentimiento que esta desgracia causó á Adriano, y para consolarse algo de la pérdida, quiso honrar con un culto permanente la memoria del idolatrado difunto. La ciudad de Besa, situada á orillas del Nilo en su curso medio, junto á la cual habia consumado Antinoo su sacrificio y que llevaba el nombre de su divinidad local, fué renovada, ensanchada, soberbiamente hermoseada y llamada en adelante Antinoópolis. Allí hizo erigir Adriano un hermoso templo, donde en adelante fué venerado su favorito como divinidad. Este culto nuevo fué admitido con extraordinaria y solícita complacencia por los pueblos agradecidos; los artistas rivalizaron en perpetuar en bustos y estatuas la figura del desgraciado jóven, con su expresion profundamente melancólica, pensativa y amante. En Italia se le veneró como una personificacion de Baco; en Nicópolis, en Argos, en Corinto, en Mantinea y en Atenas se instituyeron colegios sacerdo-

dispuesto el emperador Adriano, es decir, poblada con griegos, quedando prohibida la entrada á los judíos, pero no á los cristianos, que habian sido tratados por los insurgentes con la misma ferocidad que los romanos.

Otro Julio Severo, llamado Tiberio, á quien muchos han confundido con Cayo Julio Severo, fué enviado, como lo habia sido antes Plinio, en calidad de comisario imperial extraordinario en el año 135 á Bitinia, cuya provincia quedó desde entonces sometida para siempre á la autoridad directa de los emperadores en lugar de ser administrada por el Senado á beneficio del erario, que fué indemnizado con la provincia de Panfilia.

El emperador Adriano partió del Oriente á principios del mes de mayo del año 134 y regresó á Roma para no salir de ella mas. Sin descuidar el gobierno del imperio realizó todavía muchas obras monumentales y de utilidad práctica empezadas ó solamente preparadas en tiempos anteriores. Entre los monumentos con que hermoseó la capital merece mencionarse en primer lugar el magnífico templo dedicado á Vénus y al genio de Roma, empezado el año 121 y concluido y consagrado el 21 de abril de 128. Los cimientos de este edificio colosal, emplazado no lejos del Arco de Tito, junto á la Via Sacra, al Oeste del gran anfiteatro de Vespasiano y al Sudoeste de la iglesia actual de Santa Francisca Romana, en el mismo sitio que antes habia ocupado el atrio de la Casa de Oro de Neron, forman un cuadrilátero de hormigon revestido de bloques labrados de piedra travertina de 167 metros de largo por 103 de ancho. Sobre esta base levantábase el templo, al cual se subia por una escalinata de siete ú ocho gradas. Era este templo un pseudodiptero decástilo, es decir, que tenia en los dos frontis anterior y posterior un pórtico de dos hileras de á diez columnas, y en los dos lados otro de una sola hilera de veinte columnas. Además corria un pórtico alrededor de todo el cuadrilátero que servia al templo de base. El templo formaba dos santuarios; el dedicado á Vénus recibió despues un altar con las estatuas de plata del emperador Marco Aurelio y de su esposa Faustina, delante de las cuales y sobre el altar debian ofrecer sacrificios todos los que contraian matrimonio.

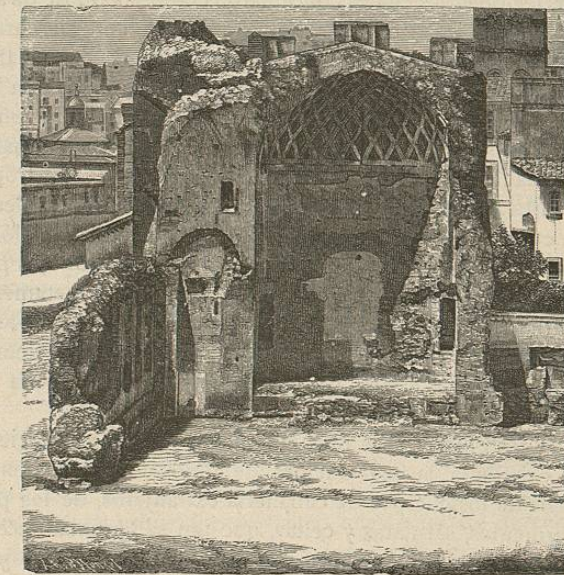
Mas grandioso que este templo de granito y mármol de color y blanco, era el gigantesco mausoleo que hoy es el castillo de San Angelo. Con los restos mortales de Nerva habia quedado lleno el mausoleo que Augusto habia construido para sí y sus sucesores en el Campo de Marte, junto al Tíber, de suerte que Trajano hubo de ser sepultado debajo de la columna erigida en su honor. Esto indujo á Adriano á construir junto al rio, mas abajo del mausoleo de Augusto, pero en la orilla derecha, otro nuevo, que recibió los restos mortales suyos, de su familia y de sus sucesores inmediatos, y fué el monumento funerario mas grandioso y magnífico de la antigua Roma. No se sabe si fué sepultado tambien allí el emperador Septimio Severo ó si este se construyó otro mausoleo cuyos restos existen junto á la Via Apia.

La base del mausoleo de Adriano formaba un cuadrado de 104 metros de lado y 31 metros de elevacion, de mampostería y hormigon revestido de bloques labrados; sobre esta base, hoy en su mayor parte oculta por una gruesa capa de escombros, se levanta todavía una construcción cilíndrica de piedra labrada y en su tiempo revestida exteriormente de mármol de Paros; su diámetro es hoy de 67 metros y su altura de 22 metros, y esta parte del monumento es lo que hoy se llama castillo de San Angelo. En su tiempo el sitio que deja libre el edificio cilíndrico en la superficie de la base cuadrada estaba adornado de magníficas estatuas de hombres, caballos y otras, probablemente de tamaño mayor

IMPERIO ROMANO

que el natural, estatuas que arrojaron los romanos sobre los ostrogodos cuando estos en el año 537 trataron de apoderarse de la ciudad eterna. Una sola, si bien muy mutilada, un fauno dormido, se ha encontrado en los escombros, y adorna hoy la gliptoteca de Munich. Para unir este monumento, de cuyo coronamiento y detalles arquitectónicos nada se sabe, con la otra orilla del Tíber, construyó Adriano el magnífico puente Elio, hoy puente de San Angelo, que constaba de seis pilares y dos estribos, construido todo de piedra. De los siete arcos se ven hoy solamente cinco, porque los dos extremos se hallan enterrados en los escombros y en el terreno de ambas orillas.

Otra obra suntuosísima era la quinta Tiburtina, que como el mausoleo, fué tambien en su clase la mas grande y maravillosa que los romanos habian producido hasta entonces. Los restos de este magnífico sitio de recreo cubren una superficie cuyo perímetro se tarda tres horas en recorrer. Allí el emperador habia hecho reproducir al natural sitios



Restos del templo de Vénus y Roma, en Roma

cuyos recuerdos le eran carísimos, todos de Grecia, como el valle de Tempe, el Liceo, la Academia, el Pritaneo y el Peilo de Atenas.

No desdecían de esta pasión por edificar los trabajos administrativos y organizadores de Adriano, que fueron tantos y tan benéficos y acertados que hasta en épocas muy posteriores arrancaron á los romanos pruebas de gratitud y de admiración. Militar eminente, no omitió nada para tener el ejército siempre en el mejor estado y á punto de entrar en campaña, aunque como hombre de Estado previsor y práctico habia juzgado prudente abandonar la política de conquistas de su predecesor. Lo que hizo mas eficaz su mando fué que no se contentó con expedir decretos desde su palacio sino que á cualquier momento se presentaba aun en los puntos mas apartados para averiguar personalmente el estado de las tropas. Los soldados le respetaban porque les constaba su valor personal, su pericia y talento, su conocimiento profundo hasta de los menores detalles del ramo militar, y sabian que no le arredraban ni fatigas ni penalidades personales, de lo cual dió pruebas hasta los últimos años de su vida. Las tropas, al mismo tiempo que temian su rigidez y severidad, estaban persuadidas de la utilidad de todas sus disposiciones, mientras que la afabilidad y las agudezas del emperador hacían mas llevadero el rigor inflexible con que

tales del nuevo culto, y en la última ciudad hasta fiestas solemnes con juegos olímpicos, sacrificios y cultos solemnísimos. En Mantinea, que según la tradición había sido fundada por Antoneo ó Antinoe, personaje mítico, se cambió este nombre por Antinoo, y Adriano edificó allí un magnífico templo en honor de su favorito, cuyo culto debía tener en el mismo su centro, por pasar Mantinea por madre de la Claudiópolis ó Bitinia, patria del divino Antinoo. En el gimnasio de la misma ciudad se le veneró como una manifestación de Baco (1), y se instituyeron en su honor fiestas anuales, aumentadas cada cinco años con juegos olímpicos. Estas fiestas se celebraron hasta muy entrado el siglo III.

Mientras el emperador, que á principios del año 131 volvió á Alejandría, se dedicaba allí con incansable actividad á sus deberes de jefe del Estado, sin descuidar la apoteosis de su

favorito, desvarío que solo pudo arraigarse y prosperar en el terreno corrompido del gentilismo, volvió á exacerbarse la desesperación del pueblo judío hasta estallar en una nueva rebelión. Los restos de este desdichado pueblo que vivían entonces en la Siria alimentaban, con el deseo de vengar los horrores de la última guerra y con el ódio intenso á la dominación romana, cada vez más dura, esperanzas fantásticas más vivas que nunca de la venida de un salvador. Mientras las escuelas rabínicas de Tiberiade, á falta del templo de Jerusalén, hacían en las sinagogas la propaganda para conservar la unión espiritual y material entre el pueblo judío, el número de los judíos de Palestina volvió á aumentarse considerablemente. Las bajas espantosas causadas en la población por la guerra de Vespasiano se habían cubierto, á lo menos en parte, y después en el reinado de Adriano encon-



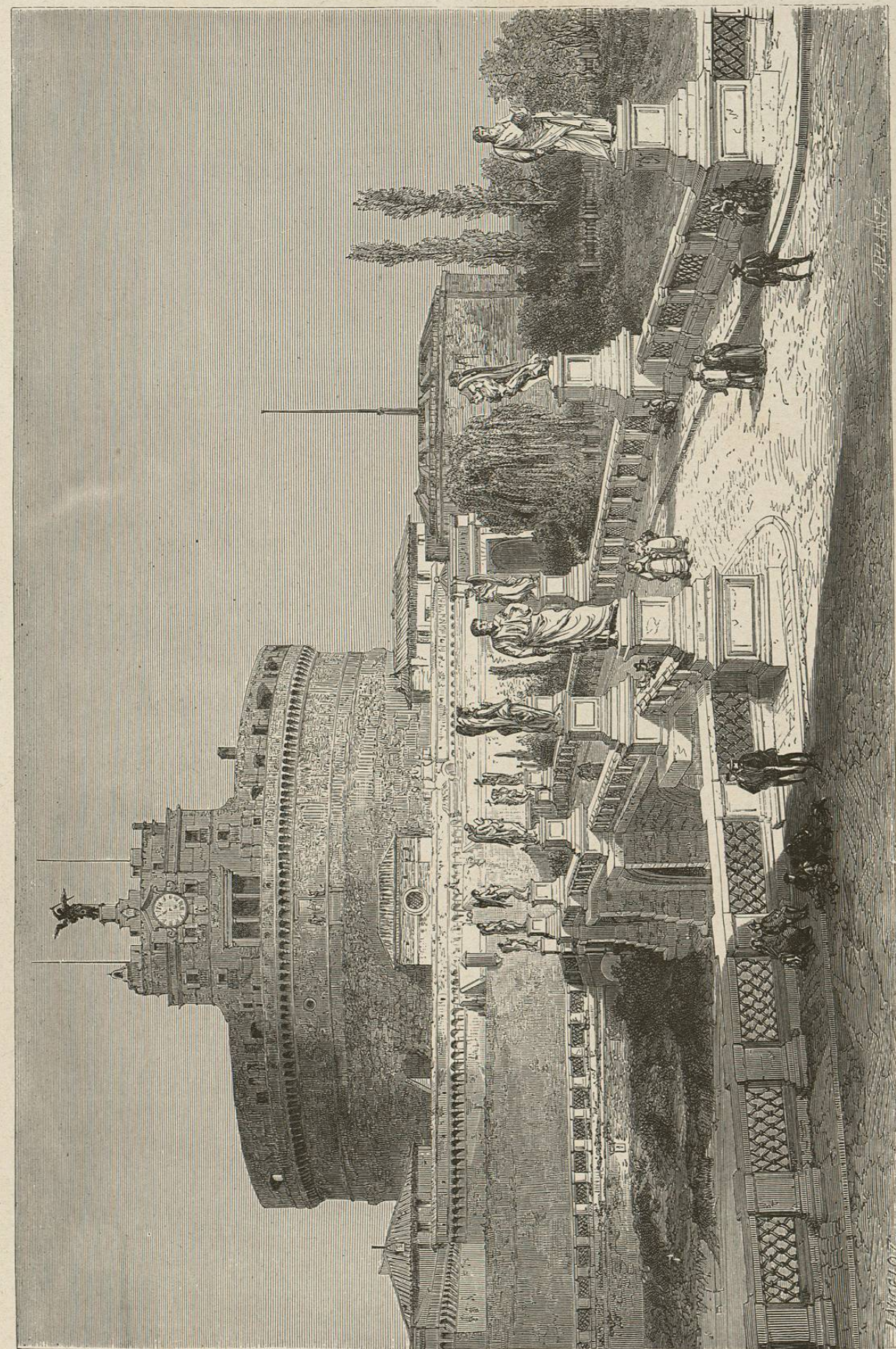
Arco de Adriano en el interior del templo de Júpiter en Atenas

traron probablemente refugio en la tierra de sus mayores los que pudieron huir de las matanzas organizadas contra su raza en la época de Trajano.

En este estado de excitación provocó el emperador Adriano la sublevación armada con dos disposiciones dictadas á fines del año 131 ó principios de 132. Por la primera prohibió la circuncisión, y por la otra ordenó el establecimiento de una colonia romana en las ruinas de Jerusalén y la construcción simultánea de un templo dedicado á Júpiter Capitolino en el sitio que había ocupado el templo nacional del pueblo judío. La nueva población debía gozar el fuero itálico y llamarse *Elia Capitolina*. Estas medidas hicieron estallar el incendio. El sumo sacerdote Akiba nombró jefe de la nación á Bar-Jojba (Barcocebas), que quiere decir *hijo de la estrella*, hombre valiente, impetuoso, apto para dirigir y orador de elocuencia arrebatadora, según lo requerían la época y la tradición judía. El pueblo vió en él al Mesías prometido; Akiba le ciñó la espada de Jehová y le tuvo el estribo cuando montó á caballo para marchar contra el enemigo. Su proclama inflamó á sus correligionarios, y de cerca y de lejos acudieron combatientes decididos á engrosar su ejército. En un momento estuvo toda la Judea ardiendo,

(1) No en el sentido de hoy sino en el de la *naturaleza pródiga y prolífica*. Contra este culto de Antinoo predicaban todavía los obispos cristianos en el siglo IV sin poder conseguir su piadoso intento.

do, y tan irresistible fué el empuje que Q. Tineo Rufo, gobernador general de categoría pretoriana, hombre duro y cruel, se vió impotente para dominar la tempestad, ni aun después de haber recibido grandes refuerzos. Las pérdidas que sufrió indujeron á Adriano á encargar el mando de la provincia á su mejor general, Sexto Vinicio Faustino Cayo Julio Severo, que en el año 127 había obtenido la dignidad de cónsul, después el mando de la Mesia Baja y á la sazón era gobernador general de la Bretaña. Llegado que hubo Sexto Vinicio á Judea, adoptó el sistema de Vespasiano de sofocar paso á paso la sublevación con una energía fría, metódica y espantosa. La última plaza en que se concentraron acorralados los infortunados judíos fué Betar, que sucumbió á su vez el año 135, después de muerto el jefe de los sublevados. La lucha había sido feroz y costado ríos de sangre; los romanos habían perdido mucha gente, y á no haber tenido por auxiliares el hambre y las epidemias, mayores habrían sido sus pérdidas. Los judíos prisioneros fueron vendidos en grandes masas como esclavos en los mercados de Gaza y Terebinto. El pueblo judío como nación había cesado de existir, anegado en sangre. Los judíos que quedaron, dispersos ya entonces en todas las provincias del imperio y en otros países, no volvieron jamás á reunirse y á constituir una nación. La Judea fué en adelante greco-romana; la colonia Elia Capitolina quedó organizada en 135 tal como había



Puente y castillo de Sant-Angelo en Roma